

Jorge G. Castañeda

La Utopía Desarmada

Editorial Joaquín Mortiz, México, 1993.

Los años recientes han sido de cuestionamientos e incertidumbres, particularmente para la izquierda. Los esquemas que se tenían por consolidados se han derrumbado. En el campo mítico de la teoría de la revolución, nada se parece a lo que era. Los enemigos ya no se reconocen como tales, las oposiciones se diluyen. La desaparición de los viejos puntos de referencia están conduciendo a redefiniciones. En medio de la confusión presente, el auge liberal corresponde a la que se revela como la única certidumbre: la hegemonía incuestionable de la economía de mercado.

Si hasta hace poco todo se presentaba como si fuera claro, si parecía que la historia tenía un fin y la humanidad una meta por alcanzar, hoy sabemos que fines y metas no se reconocen más como necesidades históricas. De vuelta al azar, la incertidumbre siempre presente pero no siempre reconocida, evidencia en todo su dramatismo la historia de la izquierda latinoamericana. Jorge G. Castañeda revela crudamente en su obra, **La utopía desarmada**, la lucha de generaciones de revolucionarios que le apostaron a una revolución concebida como necesaria y que, una vez alcanzada, sería irreversible. Pero la revolución fue evitable y reversible.

Castañeda distingue dos largas etapas en la historia de la izquierda latinoamericana: la primera desde comienzos del siglo hasta el triunfo revolucionario en Cuba, en 1959; la segunda hasta 1990, año de la derrota electoral de los sandinistas. Esta etapa se subdivide en periodos marcados por la muerte del "Che" en Bolivia (1967), el golpe militar en Chile

(1973) y la victoria sandinista en Nicaragua (1979).

Del Populismo a la Revolución

El populismo, como lo señala Touraine, representa en el Continente la búsqueda de un cambio con continuidad, que permita incluir a los tradicionalmente excluidos. Para algunos países latinoamericanos —México, Brasil, Argentina, Bolivia Perú, entre otros— el populismo fue factor decisivo en la construcción de identidad y defensa de la soberanía nacional. Surgido en la década del treinta, en la época de la Gran Depresión, es una corriente tributaria del intervencionismo del Estado con fines de integración social y política.

Los partidos comunistas en América Latina surgieron luego del triunfo bolchevique. Algunos de ellos entraron a disputar el espacio a los grupos populistas, pero los más buscaron mecanismos de articulación con ellos, sobre todo en una época en la que las necesidades de construcción del "socialismo en un solo país" y de oposición al fascismo, subordinaron la lucha por la revolución a las luchas democráticas. Según Castañeda, el tema dominante en esta etapa fueron las relaciones entre populistas y comunistas. Aquellos pugnaron por distanciarse de los comunistas, y éstos por ganarse el favor de los populistas. En esta etapa las posiciones reformistas dominaron el espectro político de la izquierda.

Con el triunfo guerrillero en Cuba, el panorama político cambió sustancialmente. La influencia proyectada por

la revolución cubana sobre la izquierda latinoamericana difícilmente podrá ser exagerada. Se trataba de una influencia simbólica, pero además de una política de Estado y de Partido, orientada a favorecer el desarrollo de movimientos revolucionarios por todos los rincones del Continente.

Al igual que la recién nacida revolución bolchevique, la cubana hubo de afrontar el bloqueo económico y el aislamiento político. La Isla se convirtió entonces en el símbolo de la resistencia antinorteamericana, y en modelo de revolución política, económica y social. Estos dos factores hicieron viable su proyección continental, que se tradujo en apoyo del gobierno revolucionario a la organización de grupos guerrilleros. Para la izquierda ya no se trataba de plantearse reformas, era la revolución y lo más importante, la definición de la vía para realizarla. El debate se centró entonces en torno a este último aspecto, que se convirtió en la frontera que diferenciaba a los revolucionarios de los reformistas: revolucionarios eran los que optaban por la lucha armada.

Según Castañeda la política cubana se sustentó en una premisa teórica y seis tesis. La premisa fue la conocida como "teoría de la dependencia", según la cual el desarrollo económico y la independencia nacional no eran viables en el marco del capitalismo. Las tesis fueron el carácter continental de la revolución, su naturaleza socialista, la vía armada, la conducción por la pequeña burguesía, la importancia de las alianzas revolucionarias y, finalmente, la dirección del proceso por movimientos revolucionarios y no por partidos comunistas.

Durante los años sesenta y setenta América Latina vivió un auge sin precedentes del movimiento guerrillero. En ello no solamente influyó Cuba. También la irrupción de nuevos actores sociales y luchas políticas en Norteamérica y Europa —lucha de los jóvenes, los negros, las mujeres—, las divergencias chino-soviéticas, el proceso de descolonización afroasiático, el surgimiento del “tercermundismo”, la guerra en Vietnam, etc., aspectos no suficientemente destacados por Castañeda. Pero sobre todo, lo que se daba era un proceso de cambios estructurales económicos y sociales, de modernización, frente al cual las formas de dominación política no ofrecieron respuestas integradoras. Sectores de las fortalecidas o emergentes clases medias, de la intelectualidad, sensibles a la persistencia y profundización de las diferencias sociales, en una época en la que la revolución parecía posible y próxima, optaron por la vía de las armas. En ello incidió la tradición de solución militar de los conflictos políticos que los sectores nacionalistas y liberales radicales habían iniciado en muchos países, así como las abismales diferencias sociales y económicas. El papel de Cuba fue el de redefinir esta lucha armada, catalizar los procesos revolucionarios en curso y brindar apoyo político y logístico a los grupos guerrilleros.

Los movimientos guerrilleros, con contadas excepciones, fracasaron en los dos escenarios en que se desarrollaron: las áreas rurales (Venezuela, Perú, Bolivia, Guatemala), y urbanas (Brasil, Argentina y Uruguay). En general fueron movimientos de vanguardia, en los que lo militar subordinó lo político y no lograron ganar base social. Los seis años que transcurrieron entre la muerte del “Che” Guevara en Bolivia y el derrocamiento de Allende en Chile en 1973, fueron de deriva del movimiento insurgente y de la política cubana que poco a poco va aceptando la posibilidad de la “transición pacífica hacia el socialismo”. La extrema derecha militarista se encargó de liquidar esta posibilidad.

La “segunda ola guerrillera”: entre la revolución y la reforma democrática

La derrota del foquismo, del experimento chileno de la Unidad Popular, y el establecimiento de sangrientas dictaduras militares en el Cono Sur implicó el desplazamiento del eje de la lucha revolucionaria a Centroamérica y el Caribe. En Guatemala, El Salvador y Nicaragua resurgió el movimiento guerrillero, ésta vez con base social. El triunfo sandinista del 79, dio un nuevo aire a la lucha armada. Destaca Castañeda de esta etapa la articulación entre la lucha de masas y la lucha armada, y la acertada política de alianzas que llegó a comprometer incluso a sectores de la iglesia centroamericana con el movimiento revolucionario.

Si bien el triunfo del FSLN fue más militar que político, el proceso nicaragüense derivó en una militarización de la política y la revolución se convirtió en guerra. Nicaragua se convirtió en el testimonio trágico de la imposibilidad de consolidar gobiernos revolucionarios en esta época. La abierta ingerencia norteamericana no pudo ser eficazmente contenida. La derrota de los sandinistas en las urnas el 25 de febrero de 1990, aunado a la caída del Muro de Berlín, llevó a la otra guerrilla exitosa de esta segunda ola, el FMLN de El Salvador, a buscar por la vía de la negociación la salida al empate militar. En cierta forma quedaba abierto un nuevo camino que, en condiciones diferentes, también fue ensayado en Colombia por el M-19, el EPL, el MAQL y el PRT: transformar, como señala Castañeda, un ejército en partido político y pasar a disputar el poder por la vía electoral.

En un continente de marcados contrastes y paradójica historia, luego de décadas de sangrientos enfrentamientos en los que sacrificaron su vida decenas de dirigentes populares, universitarios e intelectuales, se llegaba por la vía de las armas y de la pérdida de toda legalidad como consecuencia de las dictaduras militares, a la conclusión de la importancia de rei-

vindicar los valores de la democracia, de reconocer los oponentes y de luchar por los medios legales por un modelo de sociedad incluyente y respetuosa de las diferencias.

Hacia una izquierda democrática

Como bien lo señala Castañeda la izquierda latinoamericana en muy pocas ocasiones ha accedido al poder; cuando llegó a él no logró conservarlo. Desde esta perspectiva, ha sido una izquierda derrotada pero en incesante lucha, con una influencia que superó ampliamente su fuerza organizativa real. Luchadora por la democracia política, no se puede decir de ella que haya sido particularmente democrática. Su historia está cargada de contrastes. Al lado de los más altos ideales, y de testimonios individuales y colectivos de una ética revolucionaria a toda prueba, los hay de también de los más turbios e indeseables: las purgas internas, los fusilamientos sin fórmula de juicio o los delirantes procesos de control represivo de la población, como los aplicados por Sendero Luminoso en el Perú.

Pero gracias a esta izquierda, el Continente no es peor. Su lucha se orientó a la superación de las profundas desigualdades económicas y sociales y a la supresión de la dominación política. Muchos de los procesos democratizadores que hoy se desarrollan se deben en buena medida a su terquedad en la defensa de estos objetivos. Surgida como una opción para superar las desigualdades, hoy, cuando muchos de sus postulados clásicos han perdido vigencia y los modelos de socialismo estatal en que se inspiró se derrumbaron, su supervivencia se explica justamente porque las condiciones de desigualdad e injusticia no han desaparecido.

Algunos de los movimientos guerrilleros colombianos reconocieron, en los últimos años, que lo revolucionario en nuestro país era la lucha por la democracia. La conclusión de Castañeda, luego de recorrer analíticamente el camino seguido por la izquierda in-

surgente en Latinoamérica, es similar: la izquierda debe lograr transformar los modelos políticos y socio-económicos existentes, comprometerse en la conquista de un nuevo pacto social en el que sean incluidos los pobres urbanos, los indigentes rurales, la clase media baja;

pacto social que deberá gozar de la sanción democrática y de la legitimidad que de ella emana. En síntesis, le corresponde continuar, en medio del auge neoliberal, la lucha por la equidad social y la justicia económica, sosteniendo el ideal utópico de nuestra

época: armonizar desarrollo económico y democracia.

Jaime Zuluaga Nieto, Abogado, Economista, profesor del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales.
